

Wesley, Lucas y el tema del gran vuelco

(2 de 5)



AETH

Dr. Justo L. González

CIEMAL
Costa Rica
2013

Wesley, Lucas, y el tema del gran vuelco (2 de 5)

Uno de los temas centrales del Evangelio de Lucas es lo que los intérpretes han dado en llamar el "gran vuelco"—o quizá podríamos decir, en nuestro lenguaje cotidiano, "el mundo patas arriba". Este tema aparece desde los inicios mismos del Evangelio, en el Cántico de María que generalmente se conoce por su primera palabra en la traducción latina, *Magnificat*. El tema del himno no es la mera alabanza al Señor, sino que es alabanza porque este es el Señor de los grandes vuelcos.

María alaba a Dios "porque ha mirado la bajeza de su sierva" y "porque me ha hecho grandes cosas el poderoso". Y entonces pasa a colocar esa exaltación suya en el contexto de un gran vuelco:

*Hizo proezas con su brazo;
esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.
Quitó de los tronos a los poderosos
y exaltó a los humildes.
A los hambrientos colmó de bienes
y a los ricos envió vacíos.
Socorrió a Israel su siervo,
acordándose de su misericordia. (Lc 1.51-54)*

Como sabemos, este himno hace eco al Cántico de Ana en 1 Samuel, que es una alabanza a Dios por el gran vuelco que está teniendo lugar en su vida. Nótese que tanto el Cántico de Ana como en el de María comienzan con el tema de la exaltación de quien lo canta, pero pronto pasan a

generalizar sus alabanzas al Dios que no solo hace proezas, sino que también vuelca el orden del mundo, poniéndolo "patas arriba", exaltando a los humildes, alimentando a los hambrientos, quitando de sus tronos a los poderosos, haciendo que los que estaban hartos pasen hambre, quebrando los arcos de los fuertes, ciñendo de vigor a los débiles—en otras palabras, que alaban a Dios por el gran vuelco que su intervención conlleva, no solo en las vidas de Ana y de María, sino en la sociedad en general.

Pues bien, este gran vuelco, que Lucas introduce en el Cántico de María, es tema característico de Lucas, tanto en su evangelio como en Hechos. Este vuelco tiene lugar tanto en lo religioso como en lo social. Aunque tales distinciones no se hacían entonces como se hacen hoy, veamos primero lo religioso.

El gran vuelco religioso aparece temprano en el Evangelio de Lucas. En el capítulo 4, Lucas trata acerca de la predicación de Jesús en la sinagoga de su propia tierra. Tanto Mateo como Marcos nos dicen sencillamente que Jesús enseñaba en la sinagoga, y que las gentes se maravillaban viendo a Jesús, el hijo del carpintero a quien todos conocían pudiera enseñar de tal modo. Aparentemente debido a esa familiaridad, se muestran incrédulos, y por ello Jesús no hace muchos milagros. El resultado, tanto en Mateo como en Marcos, es el comentario de Jesús, que "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra" (Mt. 13.57, Mc 6.4).

Pero Lucas nos da más detalles. Nos dice cuál fue el texto que Jesús leyó, tomado del profeta Isaías, y nos dice también qué fue lo que predicó. Lo de que "ningún profeta es bien recibido en su propia tierra" no aparece al final de la narración, sino al principio, como introducción al sermón. Y el sermón mismo ilustra ese dicho. Jesús les recuerda a sus paisanos que en tiempos del profeta Elías, cuando se desató una hambruna, había muchas viudas necesitadas en medio de Israel. Pero Elías no fue a ninguna de ellas sino a una viuda de Sarepta en Sidón—es decir, a una viuda gentil. Y en tiempos del próximo profeta, Eliseo, había muchos leprosos en Israel, pero Eliseo no sanó a ninguno de ellos, sino a Naamán, el sirio. Sidón era ciudad filistea, ciudad de los enemigos de Israel. En tiempos de Elíseo, Siria era la gran enemiga de Israel. Pero, dice Jesús, Dios y sus profetas no se mostraron favorables hacia las viudas ni hacia los leprosos de Israel, sino más bien hacia una viuda filistea y hacia un general sirio.

En otras palabras, que Dios parece atender particularmente a personas a quienes la gente religiosa pretendía excluir.

El resultado de ese sermón es que "todos en la sinagoga se llenaron de ira" e intentaron matar a Jesús. Es importante notar que la ira no se debe, como muchas veces pensamos, a que Jesús se atreve a decir "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros". Al contrario, después que Jesús declara que "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros", Lucas nos dice que "Todos daban buen testimonio de él y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca." No. La ira se debe a que Jesús les ha dicho a sus paisanos que, no por el

hecho de ser paisanos suyos, ni tampoco por el hecho de ser hijos de Israel, han de esperar privilegio alguno.

Más adelante, en el capítulo 14, en un pasaje que se encuentra solamente en Lucas, Jesús cuenta una parábola acerca de un señor que preparó una gran cena, pero cuando llegó la hora de comer todos sus invitados se excusaron, y el hombre mandó invitar a cualquier persona necesitada que su siervo encontrara en las plazas y las calles—"a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos".

Poco después de esa parábola, en el capítulo 15, aparece la parábola de la oveja perdida, que sí tiene su paralelo en Mateo 18. Esta parábola nos es conocida, pues nos da esperanza y consuelo aun cuando somos como la oveja perdida. Pero en Lucas la parábola se vuelve más cortante, por cuanto Jesús está reprendiendo a los fariseos y los escribas—es decir, los más aventajados en cuestiones de religión—que le critican por comer con publicanos y pecadores. Dentro de ese contexto, lo que resalta no es solo el valor de la oveja perdida, sino también el hecho, que rara vez notamos, de que el pastor "deja a las noventa y nueve en el desierto". En un gran vuelco, la oveja perdida recibe mayor cuidado y atención que las noventa y nueve que ya están con el pastor.

Algo semejante ocurre con la parábola del hijo pródigo, que solamente aparece en el Evangelio de Lucas. El hijo que permaneció a la mesa de su padre, sirviéndole todos esos años, queda fuera del banquete, mientras que el que poco antes ansiaba alimentarse de las algarrobas que comían los cerdos ahora no solo se sienta a la mesa del padre, sino que se sienta en un gran banquete. ¡Otro gran vuelco!

Tras otra serie de parábolas—entre ellas la del rico y Lázaro, sobre la que volveremos en un momento—todo este tema del gran vuelco religioso culmina en la parábola del fariseo y el publicano, en la que el publicano que confiesa su pecado aventaja al fariseo que se declara religioso, y Jesús termina diciendo que "cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido" (Lc 18.14).

Este gran vuelco religioso que de tal modo domina el escenario en el Evangelio de Lucas aparece también en Hechos, donde el pagano Cornelio aventaja al apóstol Pedro, y donde repetidamente Pablo se topa con la incredulidad de quienes, como conocedores de la Escritura debían haber creído, y la apertura de los gentiles al evangelio.

Pero todo ese gran vuelco religioso tiene también sus dimensiones sociales. En ningún lugar aparece esto más claramente que en la parábola del rico y Lázaro. Lo primero que se nota es que Jesús le da nombre al pobre, quien en la opinión común sería un "don nadie", mientras no se lo da al rico. Las vestimentas lujosas del rico anónimo contrastan con los andrajos de Lázaro.

Mientras el rico celebraba lujosos banquetes con gran frecuencia, Lázaro "ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico" (Le. 16.21). Pero a la postre es el rico quien le ruega a Abraham que venga Lázaro "para que moje la punta del dedo en agua y refresque mi boca" (Le 24). El vuelco es notable entre quien antes quería comer migajas y quien ahora pide agua.

Como es bien sabido, el tema de los pobres aparece en Lucas mucho más repetidamente que en cualquiera de los otros Evangelios. Posiblemente en ningún otro lugar en el Evangelio se vea más claramente el énfasis de Lucas en la pobreza, y en el gran vuelco que los creyentes han de esperar, que en las bienaventuranzas, que son bastante más cortantes que las de Mateo, y que van acompañadas de la contraparte que hace de ellas un anuncio del gran vuelco: "¡Ay de vosotros, los ricos. . . !" "

Dado este énfasis de Lucas en los pobres y necesitados, algunos se han sorprendido al notar que el tema no aparece en Hechos más allá del capítulo 4, donde Lucas nos dice que entre los discípulos del Señor no había "ningún necesitado" (Hch 4.34). Pero esto no ha de sorprendernos si recordamos lo que implica la presencia de necesitados en medio del pueblo de Dios. Para entender eso, conviene volver sobre un pasaje que aparece en Mateo y en Marcos, pero no en Lucas. Se trata de las palabras de Jesús, "a los pobres siempre tendréis con vosotros" (Mt 26.11; Mc 14.7). Hasta el día de hoy, hay quien usa estas palabras como excusa para no ocuparse demasiado de los pobres. Pero lo cierto es que en esos pasajes Jesús está citando palabras de Deuteronomio 15.11, donde, en medio de las regulaciones sobre el año de jubileo, cuando

todas las propiedades han de retomar a sus dueños anteriores, la ley ordena no usar el año del jubileo como una excusa para no socorrer a los pobres. El año del jubileo será el momento en que dejará de haber pobreza. En el entretanto, lo que el texto de Deuteronomio manda es que, mientras se espera el jubileo, se sea liberal en el sostén de los necesitados.

Casi al principio de su Evangelio, Lucas nos cuenta que en su primer sermón Jesús declaró que en él se cumplía la promesa de Isaías, y que parte de su tarea era "predicar el año agradable del Señor"—es decir, el año de jubileo. De esa predicación de Jesús, y de la dádiva del Espíritu Santo en Hechos, surge la iglesia. Y Lucas nos dice que, puesto que esa iglesia vivía como en un jubileo constante, "no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían heredades o cosas, las vendían, y traían el producto de lo vendido" (Hch 4.34). Es por esto que, a partir de ese capítulo, no se habla más en Hechos de los necesitados. (Aunque sí sabemos, por las epístolas de Pablo, que cuando hubo necesidad en Jerusalén las iglesias de otras ciudades contribuyeron a una ofrenda para los pobres de Jerusalén.)

En resumen, el tema del gran vuelco, que se manifiesta en términos religiosos en lo que Jesús les dice a los escribas, los fariseos, los publicanos y los pecadores, se manifiesta en términos económicos en sus enseñanzas acerca de los pobres y los ricos, y en el resultado de la presencia del Espíritu en la iglesia, gracias a la cual ya no hay necesitados.

El gran vuelco se manifiesta también en otras dimensiones de la vida social. Una de ellas es la del género; pero este tema merece que le dediquemos al menos toda una sesión, y por lo tanto lo dejamos en suspenso hasta la próxima. Otra de las dimensiones sociales del gran vuelco se refiere a los prejuicios y divisiones étnicas y culturales. Si hiciéramos una serie de círculos concéntricos, con Jerusalén y Judá al centro, veríamos que el próximo círculo de prejuicio y exclusión era el de los galileos. Los galileos eran judíos, pero no vivían en Judea, pues entre Galilea y Judea estaba Samaria. Además, los griegos, los romanos y otros vecinos habían hecho impacto en la región, a tal punto que ya en tiempos del profeta Isaías se le llamaba "Galilea de los gentiles" (Is 9.1). Por la misma razón, Juan nos presenta a Natanael preguntando, "¿De Nazaret puede salir algo bueno?" (Jn 1.46). Y más adelante en el mismo Evangelio los fariseos declaran que "de Galilea nunca se ha levantado un profeta" (Jn 7.52).

Poco más afuera que los galileos se encontraban los judíos helenizados, los de la diáspora o dispersión, quienes vivían en tierras lejanas y cuya lengua más común no era el arameo, sino el griego. Estos eran depreciados por los judíos de Palestina porque vivían o habían vivido entre paganos, con los cuales inevitablemente se contaminaban. Telas son los "helenistas" a que se refiere Hechos 6.

Si continuamos con nuestros círculos concéntricos, veremos que más afuera de los galileos y de los judíos helenistas estaban los samaritanos. Debido a una complicada serie de circunstancias históricas, los habitantes de Samaria, quienes decían ser descendientes de Israel, seguían una

versión de la fe de Israel algo diferente de la de los judíos. Por todo ello los judíos, tanto los judeos como los galileos y hasta los helenistas, los menospreciaban y los tenían por infieles.

Por último, más afuera todavía, se encontraban los gentiles. Estos no creían en el Dios verdadero. La mayoría de ellos eran idólatras y tenían muchos dioses. Se contaminaban comiendo toda suerte de animales inmundos y practicando varias clases de inmundicia. Lo que es más, puesto que entre estos gentiles se encontraban los romanos, el nacionalismo judío veía en ellos al enemigo invasor, al poder extorsionista que imponía impuestos onerosos, a los paganos que se atrevían a llevar sus águilas idolátricas a la misma Jerusalén, al poder de ocupación que había creado en Cesarea, a pocos kilómetros de la misma Jerusalén, una ciudad mayormente romana y pagana.

El gran vuelco lucano afecta cada una de estas categorías. Para empezar, aunque Jesús nace en Belén de Judá, su familia es de Galilea, y él mismo se cría en Galilea. Es allí que comienza su enseñanza, y es de allí que proceden sus discípulos más cercanos. Así vista, la historia de la marcha hacia Jerusalén, que ocupa un lugar central en el Evangelio de Lucas, pero no en los demás, es una historia en la que la periferia marcha hacia el centro, y el centro resiste hasta el punto de llevar a la crucifixión. En Lucas 13, algunos le preguntan a Jesús acerca de unos galileos a quienes Pilado había hecho matar, y Jesús comenta que tales galileos no eran peores pecadores que dieciocho judeos sobre los cayó la torre de Siloé. A la postre, todo el proceso del juicio y crucifixión de Jesús incluye un elemento de resistencia por parte de los judeos contra

este bando galileo y su jefe, que parecen haber venido a tomar posesión de la ciudad y del Templo. Y cuando en el día de Pentecostés los presentes dicen, "¿no son todos estos galileos?", lo que les sorprende no es solo el hecho de que todos les entiendan, sino también el que estos que hablan en medio de un milagro no son sino unos despreciables galileos.

En cuanto a los samaritanos, en el capítulo 10, en otra de las parábolas que aparecen solamente en Lucas, cuando un viajero yace herido a la vera del camino de Jerusalén a Jericó, y dos de los líderes religiosos de entre los judíos no le prestan ayuda, es un samaritano quien se detiene y se ocupa de él—y no olvidemos que la parábola se coloca en el camino entre Jerusalén y Jericó, es decir, en Judea, y que por tanto el samaritano mismo es extranjero y tiene que cuidarse de los prejuicios de los judíos.

Algo más adelante, en el capítulo 17, cuando Jesús entra en una aldea entre Galilea y Samaria, le salen al encuentro diez leprosos a quienes Jesús envía a los sacerdotes. De entre ellos, solamente uno vuelve a darle gracias a Jesús, y este es samaritano. Ante esa situación, Jesús comenta: "¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?" (Lc 17.18).

Respecto a las tensiones entre los judíos de Palestina y los de la diáspora, es decir, los judíos helenistas, en el capítulo 6 de Hechos encontramos el episodio referente a la ayuda para las viudas, en el que los helenistas se quejan de que a sus viudas no se les está tratando con equidad. La respuesta de la iglesia es elegir a un grupo de siete para que se ocupen de la

repartición a todas las viudas, tanto las naturales del país como las helenistas. Y la iglesia responde eligiendo a Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás. Nótese que todos estos tienen nombres de origen griego, y que por tanto probablemente pertenecían al grupo marginado de los helenistas. Lo que es más, de uno de ellos, Nicolás, Lucas nos dice que era "prosélito de Antioquía"—es decir, que no era judío de nacimiento, sino por conversión.

Pero el material lucano no echa por tierra únicamente los prejuicios contra los galileos, samaritanos y judíos helenistas, sino que también les abre camino a los gentiles. Ya en Lucas 13 vemos a Jesús decirles a un grupo de judíos que en el día final ellos mismos serán excluidos. E inmediatamente después de esa fuerte palabra, Jesús añade: "Vendrán gentes del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa del reino de Dios. Hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos." ¡Tremendo vuelco tanto en lo religioso como en lo étnico!

Para Lucas, la resurrección, ascensión y triunfo final de Jesucristo constituyen el eje mismo de la historia toda de la humanidad. Pero la resurrección no es la culminación de una vida de gloria, poder y honores, sino que sigue a una vida de constante persecución que culmina en los vituperios del pretorio y en la cruz del Calvario. Jesús es el "varón de dolores" en el cual "no hay parecer ni hermosura". Pero es también el vencedor de la tumba y de la muerte. La historia que comienza en la pequeña y olvidada aldea de Nazaret va a llegar a Roma. Al principio del Evangelio, Lucas nos cuenta de cómo, en tiempos de Augusto César, Jesús nació en un pesebre

porque no había lugar para él en el mesón. Hacia el final de su historia, en Hechos 17, Lucas nos dice que Pablo y sus compañeros fueron acusados de subvertir los decretos del César, "diciendo que hay otro rey, Jesús" (Hch 17.7). La historia que comienza en el pesebre nos dice después que Esteban "vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba sentado a la diestra de Dios" (Hch 7.55). Del pesebre fuera del mesón a la diestra de Dios, ¡ese es el gran vuelco que constituye el fundamento para todos los otros vuelcos a que se refiere Lucas!

¿Cómo se relaciona todo esto con Wesley y con el metodismo latinoamericano? En primer lugar, no creo que haya que subrayar, ni la constante preocupación de Wesley por los pobres, ni la abrumadora presencia de la pobreza en nuestro continente. La preocupación de Wesley por los pobres se ve desde los tiempos del Club Santo, una de cuyas ocupaciones constantes era el cuidado de los necesitados, y particularmente visitar a los prisioneros—y no olvidemos que en tiempos de Wesley la gran mayoría de los presos estaban allí por no poder pagar sus deudas. Más tarde, fue esa preocupación por los necesitados lo que le dio origen a la organización de todo el movimiento en clases. Contrariamente a lo que hoy pensamos, las clases metodistas no surgieron de la necesidad de reunirse para orar, para estudiar las Escrituras y para el apoyo mutuo, sino de la necesidad de organizarse para recoger el penique que se suponía cada uno contribuyera al auxilio de los pobres.

En otras palabras, que a pesar de todo lo que se dice, y con razón, en el sentido de que Wesley fue un gran organizador, la organización metodista surgió de la necesidad de crear un orden para responder a las necesidades de los pobres.

Me parece que lo que esto significa para el metodismo latinoamericano está bien claro: por mucho que nos enorgullezcamos por nuestra organización, todo eso de nada vale si no va dirigido a responder a las necesidades que nos rodean. Si Wesley no podía desentenderse de la pobreza que le rodeaba, tampoco nosotros podemos hacerlo si hemos de ser fieles a nuestra herencia tanto wesleyana como lucana.

Pero hay más. Wesley no se contentó con responder a la pobreza mediante limosnas y ayudas, sino que también intentó entender el porqué de la pobreza, para atacarla en lo que él consideraba ser sus raíces. En el mismo siglo en el que Adam Smith, en su libro *La riqueza de las naciones*, estaba sentando las bases para la teoría capitalista clásica de la libre empresa, Wesley veía y declaraba que buena parte de lo que gobernaba el orden social de su época no era el mercado supuestamente anónimo, sino más bien el pecado del orden social mismo.

Esto se ve claramente en sus *Reflexiones sobre la presente escasez de comestibles*, donde explica por qué es que en una tierra de, según él, mana leche y miel, hay miles de personas que padecen hambre. La principal razón que da es el mal uso de los recursos nacionales por personas poderosas que con todo y eso se llaman cristianas. Así dice, por ejemplo, que la

principal razón por la que el trigo ha subido de precio, a tal punto que los pobres no pueden comprarlo, es la enorme cantidad que se usa en las destilerías. Aquí Wesley escribe algunas de sus más fuertes palabras contra el licor; pero su preocupación principal no es, como para tantos de nosotros hoy, que contiene alcohol o que emborracha, sino que es un despilfarro de recursos que deberían utilizarse para alimentar a la población. Algo parecido sucede con el gusto de los ricos por los carruajes con más caballos de los necesarios, que ha producido un alza en el precio de la avena. Y, en palabras que bien pudiera escribir algún metodista latinoamericano hoy, Wesley dice:

¿Por qué son tan caros el cerdo, las aves y los huevos? Por la monopolización de las granjas, acaso el monopolio más dañino jamás introducido en estos reinos. La tierra que algunos años atrás estaba dividida entre diez o veinte pequeños granjeros, lo que les posibilitaba proveer con comodidad para sus familias, ahora es acaparada por un importante y único granjero.

Lo que todo esto quiere decir es que el mal uso de las riquezas por parte de algunos cristianos, y sobre todo las políticas del estado que permiten y hasta estimulan ese mal uso, producen hambre en otras personas. Luego, la cuestión de las riquezas no se relaciona ya solamente con la devoción privada, sino también con la vida de otras personas—y Wesley añade que quien hace mal uso de ellas se hace culpable, no sólo de “distracción”, sino también del hambre y hasta de la muerte del prójimo.

Por razones semejantes, Wesley insiste en que la santidad conlleva oposición a otros males tales como la guerra, el colonialismo y, sobre todo, la esclavitud. Uno de sus tratados más famosos, y más influyentes, es *Reflexiones sobre la esclavitud*, donde Wesley no solo condena la esclavitud,

sino que también rechaza toda una serie de excusas para no abolirla. Vale la pena citar algo de esto, pues las objeciones a las que Wesley responde suenan muy parecidas a las que se escuchan hoy en nuestra América para defender otros abusos. Así, se objetaba entonces, y se objeta hoy, que el orden existente es legal. A ello respondía Wesley:

El gran alegato es: “Están autorizadas por ley.” ¿Pero puede la ley, la ley humana, cambiar la naturaleza de las cosas? ¿Puede transformar las tinieblas en luz, o el mal en bien? De ninguna manera. No importan diez mil leyes, lo justo es justo, y lo incorrecto todavía es incorrecto.

También se decía entonces, y se dice hoy, que lo que se hacía y lo que se hace se debe a una necesidad económica, o que la gloria de la nación lo requiere. Pero Wesley rechaza tajantemente tales argumentos. La necesidad económica existe solo para quienes se aprovechan de la explotación, y la gloria de una nación está en sus virtudes, y no en sus riquezas mal habidas o en su poderío imperial. Así dice:

La riqueza no es necesaria para la gloria de nuestra nación; sino la sabiduría, virtud, justicia, misericordia, generosidad, bienestar público, amor a nuestro país. Estas son necesarias para la gloria de una nación; mas no la riqueza abundante.

Lo que es más, en otro contexto, a pesar de ser orgullosa y hasta prejuiciadamente inglés, Wesley criticó fuertemente la empresa colonizadora británica en la India, echando sobre los hombros de esa empresa la responsabilidad por la muerte de decenas de millares de indios.

Lo que resulta particularmente interesante en este contexto es que Wesley no era ni radical ni sedicioso—aunque frecuentemente se le tildó de tal—sino todo lo contrario. La frase misma,

"gran vuelco", probablemente le hubiera causado espanto. Es notable el hecho de que, aun en medio de sus claros prejuicios nacionalistas y culturales, Wesley reconoció que su Dios, quien es también el Dios de Lucas y del gran vuelco, es un Dios que exige justicia y equidad.

Y termino entonces con otra pregunta para su consideración durante estos días: ¿Será ese el Dios que el pueblo de nuestra América nos oye proclamar y nos ve servir?

